

te peyorativo, como «crítico impresionista». Es probable, me digo, que nos falten unos cuantos críticos impresionistas de la calidad de Alone en el panorama quizás interesante, pero desmotivado, árido, de la literatura chilena de hoy.

Diría, para comenzar, que ya en el primero de los cuentos, el que lleva el título del libro, el joven Giaconi nos llevaba a un tema muy ruso, pero a la vez muy contemporáneo, muy vigente: el de la religiosidad ajena a las instituciones, alejada de los dogmas, de los ritos, de las capillas. La mención de Kierkegaard y de Rousseau no era vana. En el terreno de la ficción y con la opacidad y la ironía propias de la ficción, entregaba una constelación de significados. El tratamiento era simple: la dualidad de Gabriel y el padre Pablo, repetida en la de Rousseau y Voltaire, estaba tratada con crudeza, con ingenuidad juvenil, pero conserva hasta hoy su fuerza, su frescura.

En seguida, los cuentos de Giaconi trajeron a la literatura chilena una estética de lo sombrío, de lo obsesivo y enfermizo, de lo que se encuentra detrás de las apariencias y es posible percibir en una segunda mirada. «¡Qué gran enterrador!», escribió Alone, con su lucidez tranquila, que el mundo local, siempre necesitado de la farsa, de la exageración, de la tontería grave, no tomaba en serio. Giaconi, sin embargo, con algo que podríamos llamar emoción fría, era demoledor, enterrador, y al mismo tiempo, y en cierta medida por eso mismo, era fundador. La crítica sin concesiones del pasado, que hacíamos de diferentes maneras, implicaba una apertura, un nuevo punto de partida. No sabíamos con exactitud hacia dónde se dirigía ese arrebato de carácter fundacional, esa negación que pretendía existir por sí misma, sin que la siguiera la afirmación de otras cosas, pero quizás era inevitable que así fuera. En una época de polarización y de dogmatismo, preferíamos quedarnos en el umbral. Creo que con plena conciencia de los límites y a la vez de las posibilidades de esta actitud.

Abro una página cualquiera de *La difícil juventud* y me topo, en *Estudio de una sospecha*, con la descripción de una plaza de provincia a las tres de la tarde. Podría ser una descripción de Eduardo Barrios, uno de los maestros de nuestro naturalismo literario, o de González Vera, o incluso de Manuel Rojas, si queremos acercarnos a los años cincuenta, pero interviene en todo el párrafo un elemento diferente: esa extrañeza de que hablé antes a propósito de Albert Camus y de *El extranjero*. Había en aquella plaza un polvillo mineral persistente y una música chillona, transmitida por altoparlantes, que «no alcanzaba a turbar una quietud vagamente intranquilizadora, que flotaba por cuenta propia, independiente de la melodía».

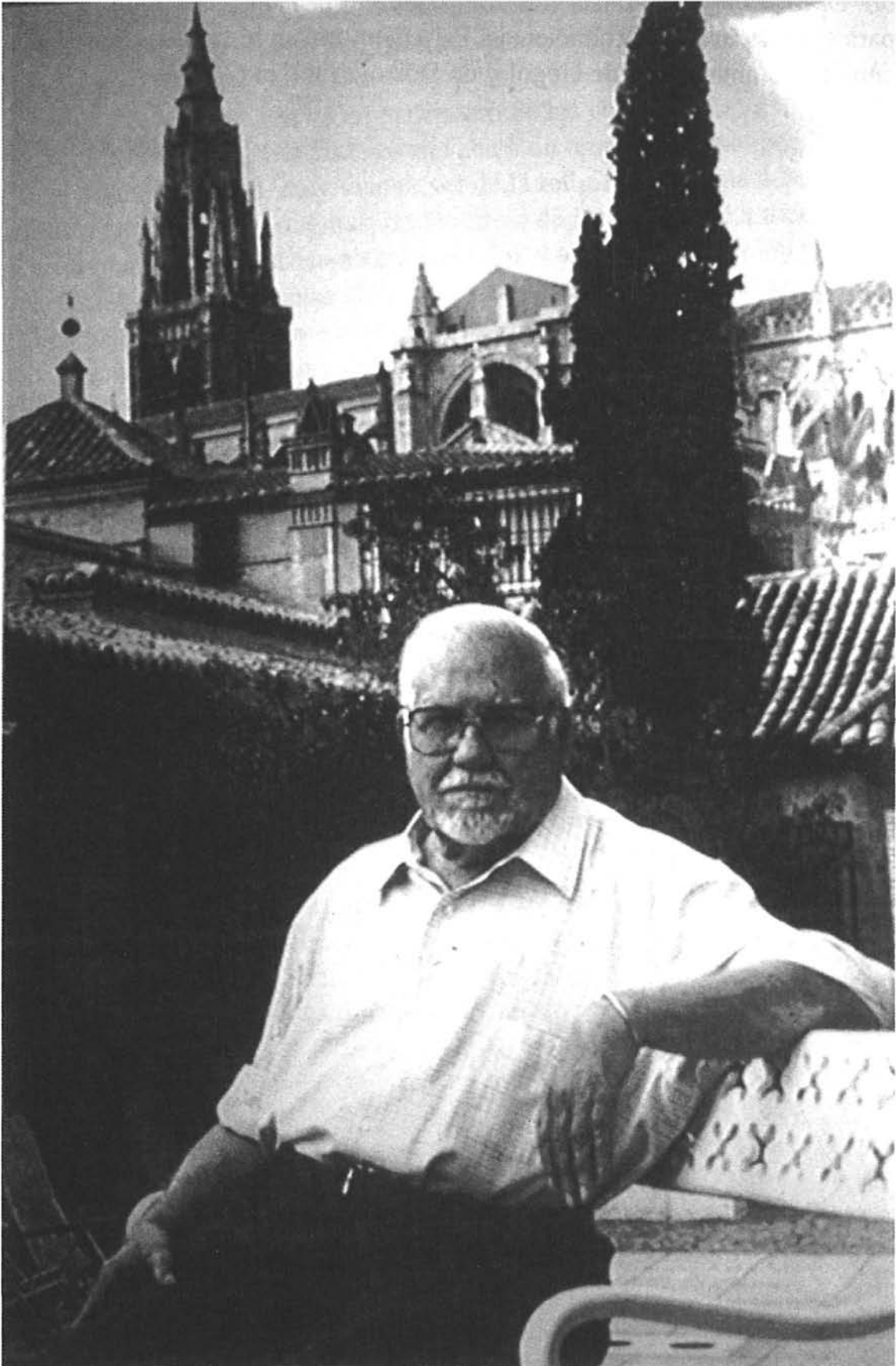
Era una crisis profunda que se gestaba, un cambio de época. El Chile donde nunca pasaba nada era un Chile que moría, como lo sugiere de modo metafórico el último cuento del libro. Hay que leer ahora *La difícil juven-*

tud, que conserva toda su vigencia, así como hay que leer también *Un hombre en la trampa*, y revisar nuestra visión del pasado. Para comprender y para enriquecer nuestra conciencia. Para memoria en lo futuro, como decía, con acento anunciador de Gogol y de Dostoyevski, el *Quijote*.

Jorge Edwards



La Residencia de Estudiantes (3), 1997



Fernando Chueca Goitia en su casa de Toledo.